

AEROGRAMME A JULIO CORTAZAR

Esta carta está dedicada a:
de los más lúcidos: Francisco Pena López y
Felipe Marcos
de lo más entrañable: Pilar Díaz de León
de los más hermanos: Francisca Aguirre y
Félix Grande
todos españoles.

Un periodista al servicio de Juan Manuel de Rosas acusó de «anarquistas» y de «comunistas» a emigrantes como Sarmiento o Alberdi, con un odio tal que, de haber tenido alcance policial sobre ellos, nos quedamos sin nación.

Ernesto Sábato (31-12-1978).

—Nada —dijo Andrés—. Cómo canta Caetano Veloso en ese disco que nos hizo oír Heredia, *yo no tengo nada, yo no soy de aquí*. Ni siquiera puedo darte a Irene, como en la canción.

—El señor quiere cosas, pero no renuncia a nada.

—No, no renunció a nada, viejo.

—¿Ni siquiera un poquito, digamos un autor exquisito, un poeta japonés que sólo él conoce?

—No, ni siquiera.

—¿Su Xenakis, su música aleatoria, su free jazz, su Joni Mitchell, sus litografías abstractas?

—No, mi hermano, a nada. Todo me lo llevo conmigo donde sea.

Julio Cortázar, fragmento.

Todo se ha hecho en nosotros porque somos nosotros, siempre nosotros, y en ningún momento los mismos.

Diderot: *Réfutation d'Helvétius*.

Madrid, octubre de 1980

Querido Julio:

Cuando Félix Grande me habló de participar en el número de *Cuadernos* dedicado a tu persona tuve mis movilizaciones emocionales y un ejército de recuerdos que tienen que ver con vos y de interrogantes que tienen que ver con nosotros se me agolparon en la mente —perdoná el carácter castrense y cuasi violento de mis líneas— y en el corazón.

Una vieja tarjeta postal desde la National Gallery, de Londres, en la que me exigías en lenguaje telegráfico particular cuidado respecto del texto de un cuento que íbamos a publicar en *El Grillo de Papel*, aquella revista literaria que codirigíamos con Alberto Castillo y que tanto apoyaste desde París cuando tu nombre comenzaba ya a ser portador —para nosotros— de la singular significación que hoy tiene. Significación no sólo nacida de la admiración por tu talento creador, sino por esa especie de inhabitual categoría aristotélica que allá llamábamos «hombria de bien». Ahora, aquí, en España, la traducción más o menos válida sería «un tío cojonudo». Recuerdo una carta tuya comentando mi poemario *Sonetos con caracol* donde me ponías a parir —siguiendo en el habla de esta patria— por cada endecasílabo mal nacido y que, no obstante, solidariamente como es tu costumbre, elogiabas aquellos otros en que la suerte o el azar me permitía cierta aceptable potabilidad. Recuerdo también un hermoso cuento que te dedicó Abelardo con aquellas palabras tan campesinamente comparables en nuestro país: «A usted, Cortázar, con su permiso.» *Volvedor* se llamaba. Recuerdo una carta —*aerogramme*— a *Tiempos Modernos*, revista que yo dirigía luego que Frondizi decidiera torpemente ponerle grillos al escarabajo y gendarmes a la imaginación. No duendes, Julio, sino grillos. Recuerdo aquella carta (te la recuerdo, digo): «hago lo que puedo por apoyar a una revolución amenazada por el miedo, la culpabilidad y la estupidez». Te referías, claro, a la Revolución cubana, por aquellos tiempos donde muchos jóvenes (muchos, Julio) creíamos demasiado entusiastamente en ese amanecer americano que signaban las barbas de Fidel. ¡Qué hermosa época aquella! Nos recuerdo en el número aniversario de *El Grillo de Papel*, el número seis, saludando a Fidel junto a Nicolás Guillén, testimoniando la visita de Sartre y Simone de Beauvoir (a la que llamábamos, por sugerencia de Sábato, Simona Bella Vista) a la isla, con su visión «francesa» de la problemática latinoamericana. Luego aprendimos (o por lo menos, aprendí) que esa visión «francesa» era también la tuya, Julio. «Hechos concretos me han movido en los últimos cinco años a reanudar mi contacto personal con Latinoamérica, pero la importancia que tiene para mí ese contacto no se deriva de mi condición de intelectual latinoamericano, al contrario, me apresuro a decirte que nace de una perspectiva mucho más europea que latinoamericana y más ética que intelectual». Esto lo decías con la honestidad que siempre te ha caracterizado. Y agregabas —quizá no en la misma carta—: «En Europa me ubiqué en la perspectiva más universal del Viejo Mundo, desde donde todo parece poder abarcarse con una es-

pecie de ubicuidad mental, para ir descubriendo poco a poco las verdaderas raíces de lo latinoamericano sin perder por eso la visión global de la historia y del hombre, alcanzando una visión totalizadora de la cultura y de la historia.» Esa *verdad*, Julio, puedo ahora compartirla contigo, aunque, no sé, quizá hoy ya estés en otra cosa. Porque vos, Julio, «intelectual con antecedentes ideológicos liberales, surrealistas y psicoanalíticos», como te caratula Hernán Vidal, me escribías en aquella carta algo que vale la pena reproducir textualmente: «Vivir en Francia con la actitud del proscrito nostálgico, cuando no ha habido ninguna proscripción y cuando las nostalgias son exclusivamente personales, equivaldría a haber echado en saco roto el consejo inmortal de César Bruto: *si a París vas en Octubre / no dejes de ver el Louvre*. Imposible cumplir tan poética admonición sin que inevitablemente el Museo Nacional de Bellas Artes—de Buenos Aires—se nos vaya adelgazando en la memoria.» Esas fueron tus palabras, pero no pudiste nunca—gracias a Dios—adelgazar la memoria aunque fueras al Louvre y te instalaras en París para siempre. Por eso hace poco podías decir respecto de tu situación actual: «Mi reciente exilio cultural, que corta de un tajo el puente que me unía a mis compatriotas en cuanto lectores y críticos de mis libros, ese exilio insoportablemente amargo para alguien que siempre escribió como argentino y amó lo argentino.»

«Tengo profunda desconfianza ante la República Alemana. Ese Estado deleznable y abúlico surgió del vacío y del agotamiento de la posguerra. Los pocos espíritus buenos de la "Revolución", que no fue tal, perecieron asesinados, con la aprobación del 99 por 100 de la población. Los juzgados son injustos; los funcionarios, indiferentes y venales, y el pueblo, totalmente infantil!» (Hermann Hesse, carta a Thomas Mann, diciembre de 1931).

«El verano pasado un joven de Königsberg me envió un ejemplar carbonizado de *Los Buddenbrook*, arguyendo que yo había dicho algo contra Hitler. Añadió asimismo que quería obligarme a consumir la tarea destructiva. Sin embargo, no lo hice, y he guardado cuidadosamente los restos negruzcos para que algún día testimonien del estado espiritual del pueblo alemán en 1932» (Thomas Mann, carta a Hermann Hesse).

Por eso, Julio, la memoria no adelgaza. Porque cuando decidiste mirar el mundo por tu cuenta (y no, como muchos intelectuales argentinos, a través de las retinas de Victoria Ocampo, espléndida ella en su auténtico amor a la cultura) y aposentarte en París—berretines locos de muchacho rana—, estabas decidiendo a la vez otras inde-

pendencias y otras libertades: la de penar como argentino para pensar como persona, la de abandonar tu reino por una palabra inteligente, la de inscribir en nuestra pequeña historia literaria (¿literaria?) un «no» erguido, vertical, hondo, conflictivo. Así como el ser antiperonista no impidió que fueras el único (antiperonista) que publicó un encendido elogio del *Adán Buenosayres*, de Leopoldo Marechal, que te valió que te echaran con el simple expediente de un llamado telefónico, así el ser lúcido y lúdico que vos eras te decretó el exilio (no lo llamabas así antes, aunque ahora —¿ves, Julio?, las cosas de la vida— sí lo llares con todas sus letras), te hizo protagonista de la diáspora, y te puso la proa hacia Europa, hacia países donde —si querés— la historia es una prolongada agonía que duele a libertad y donde la palabra mantiene aún —vaya, ¡sobre qué riesgos!— su significación más prístina y grávida.

«Aquí también hay personas amigas que me aconsejan regresar a Alemania arguyendo que me debo a mi país y que incluso a los mandamases les gustaría la idea de mi retorno. Todo eso está muy bien, pero ¿cómo vivir y respirar allí? No logro imaginármelo. Perecería en esa atmósfera de mentiras, autoendiosamientos y crímenes subrepticios» (Thomas Mann, carta a Hermann Hesse, 11 de marzo de 1934).

Y tu nombre se fue haciendo, Julio, desde ese mismísimo centro del mundo que es París —perdona mi afrancesamiento *demodé*—, entre distancias trascendentes y cronopios a veces intrascendentes, entre tu altivez de intelectual auténtico (yo creo, Julio, aún en esos esquematismos fáciles: los intelectuales auténticos y los otros) y tus cabriolas de chaplinidad libresca, entre tu compromiso, esa especie de dinosaurio de la dignidad, y tu talento innumerable, entre tus vuelos fantásticos aparentes y tu sagacidad —¿crueldad?— para ver la cotidiana historia de los hombres, entre Torito, ese desorden hecho desgarró, y la Rayuela, el Igdrassil, el centro de la mandala, donde impera el desconcierto y la libertad ni siquiera es un orgullo de tan obvia que se nos antoja y donde *nous sommes tous des juifs allemands* y el deseo y el *aleph*.

«No se debería juzgar ni condenar a los colegas que movidos por su espíritu europeo y por el concepto que tienen de la identidad renunciaron a su hogar y a su patria. No se debería inculpar de deserción del destino común tan pronto como las opiniones divergen en cuanto al nuevo domicilio del espíritu alemán» (Thomas Mann, carta a Korrodi, 3 de noviembre de 1936).

«Del mismo modo me encuentro yo en uno de los pisos más altos

de nuestro edificio castalio, ocupado con el juego de abalorios, cuando de pronto el instinto, o simplemente el olfato, me advierte que ahí abajo hay fuego, un fuego que amenaza y pone en peligro toda nuestra morada, y me dice que no es el momento de analizar una partitura o diferenciar reglas de juego, sino el de correr en seguida al lugar donde se divisa el humo» (Hermann Hesse, *El juego de Abalorios*).

«Me ahogaba dentro de un peronismo que era incapaz de comprender en 1951, cuando un altoparlante en la esquina de mi casa me impedía escuchar los cuartetos de Bela Bartok; hoy, en Francia, puedo muy bien escuchar a Bartok (y lo hago) sin que un altoparlante con *slogans* políticos me parezca un atentado al individuo» (Julio Cortázar, en la revista *Hispanamérica*, 1976).

Leo hacia arriba, Julio, y se me cruza lo de cronopios algo o a veces intrascendentes. Quizá uno debiera sumar a una carta una especie de semántica personal para ser bien comprendido. Intrascendente, te lo aclaro, no es para mí vulgarmente intrascendente como lo trascendente no es siempre trascendente, perdonando las multiplicadas cacofonías (¿te acordás que vos me decías que «cúspide» es una palabra que parece hecha con saliva? ¿con qué estará hecha «cacofonía»?). Recuerdo a ese querido cronopio que fue don Miguel de Unamuno, con sus pajaritas de papel—las que hacían llorar a Abelardo—y no necesito más aclaración. Ya sabés lo que para mí es intrascendente. En *Mi música es para esta gente*, Félix Grande, tratando de hablar de vos, habla de nosotros, de todos nosotros. Dice que Aldous Huxley—ese otro cronopio—relata en *Un mundo feliz* la fábula de un heroico lector de Shakespeare que, con inconcebible grosería, prefiere el caos de la libertad y el compromiso de la dignidad, a la apacible—y algo horrenda—organización tecnológica de un paraíso en donde el control del poder, la ciencia, la política y los sistemas de comunicación están en manos de los mismos apóstoles. Quizá se dirige a nuestro sagrado derecho a la desobediencia, pero esencialmente se trata de la libertad, esa libertad que vos reivindicás en todo momento y que se refiere entre otras significaciones a la libertad de crear, esa libertad que hace decir a uno de tus tenaces detractores: «En realidad a Cortázar le preocupa más la libertad del creador que la tarea de un intelectual revolucionario. Y eso porque parte de un concepto abstracto, idealista, burgués de la libertad, que lo lleva a separar ambos términos.» De allí a llamarte «afrancesado bestseller» y «quintacolumna de la burguesía» hay un paso que ellos dan olímpicamente. «Mozart te gusta desde que ibas con Amanda a los conciertos del Sodre, cuando todavía no había Jorgito ni subver-

sión, y la faena más irregular de los cuarteles era tomar mate, y por cierto qué bien lo cebaba el soldado Martínez. Mozart te gusta, no desde siempre, sino desde que Amanda te enseñó a gustarlo. Y fíjate qué curioso, ahora Amanda no tiene ganas de escuchar música, ninguna música, ni Mozart ni un carajo, sencillamente porque tiene miedo y teme atentados y vela por Jorgito, y claro, a Mozart no se le puede oír con miedo, sino con el espíritu libre y la conciencia tranquila. O sea, que mejor apagá el tocadiscos. Así está bien. De todas maneras, los violines, ¿viste?, quedan sonando como un prodigio que lentamente se deteriora.» Esto lo escribe Mario Benedetti en uno de sus cuentos, Julio, pero lo podrías haber escrito vos, ¿verdad? «No llegué a sentirme un escritor de izquierda a consecuencia de un proceso intelectual, sino por el mismo mecanismo que me hace escribir como escribo o vivir como vivo, un estado en el que la intuición, la participación al modo mágico en el ritmo de los hombres y las cosas, decide mi camino sin dar ni pedir explicaciones», eso lo decías en La Habana, creo, acerca de la situación del intelectual latinoamericano. Es lo mismo. Muchas veces decimos lo mismo de muchas maneras distintas. ¿Acaso no es lo mismo aquello de Hermann Hesse ante el recuerdo de Knut Hamsun: «¡Es una suerte que existan otros medios para quien está en conflicto con su época! Además de huir de la época también se puede luchar contra ella. La protesta del poeta contra el general, contra el banquero, contra el ingeniero; la protesta del alma contra la máquina de calcular, la protesta del corazón contra la brutalidad y la miseria de aquello que hoy llaman "vida". Entre los pocos poetas que posee la Europa actual, no conozco ninguno cuya obra no sea en el fondo una protesta, cuya obra no se levante sobre los cimientos del dolor causado por esta época. A la cabeza se encuentra nuestro viejo hermano Knut Hamsun, porfiado y tímido como un reno, con la mirada desbordante de bosque y de mar, de altanería y de odio hacia las ciudades, las máquinas, los fusiles y los cañones.» Y así podríamos seguir incesantemente. Porque a los reiterados títulos de muchos polemistas de la moda anti-Cortázar sobre *El exilio y la literatura* —el diario *La Opinión* ya hablaba en Buenos Aires en 1976 de la «moda contra Cortázar»— habría que responder con otros títulos más apropiados: *Exilio y libertad*, por ejemplo.

Yo, querido Julio, argentino cien por cien, intelectual pequeño burgués, judío entrerriano y culto, psicoanalista heterodoxo y melómano insaciable, admirador de Mariano Moreno y del general Justo José de Urquiza, hinchado de Boca y del polaco Goyeneche, transitador

de calle Corrientes y de Villa Crespo, santificado espiritualmente en Pueyrredón y Las Heras o en Bulnes y Santa Fe, donde la amistad hizo goles de media cancha, codirector de las mejores revistas literarias que se han editado en Baires, lector repetido y siempre asombrado de la poesía de Borges, nacionalista de los de verdad (aquellos que creen, por ejemplo, que Roland Barthes y Georges Bataille deberían haber nacido en algún lugar del barrio de Pompeya), capaz de dejar hasta el último aliento en un rezongo del bandoneón del gordo Troilo, todas cosas, Julio, que no se curan así nomás, yo, digo, padezco de doble o triple lealtad. Lo confieso. Aunque esto, para algunos me convierta en el repelente niño Vicente. O como hubiera escrito Lermontov: un corazón atormentado unido a la tormenta. Y ¡cuánto dolor, cuánta ignominia, cuánta torpeza y cuánta humillación ha recorrido la problemática de la doble lealtad! Viejas racionalizaciones y crueles rotulaciones han impugnado el derecho al hombre total, al hombre psicológicamente íntegro, a ese junco pensante y doliente que sabe —¡vaya si lo sabe!— que toda ideología rocosa se constituye contra la psicología. Alguna vez Rousseau, alguna vez el querido Camus, deben haber suscrito este pensamiento. Porque, Julio, cuando te acusan de «repetir crasamente el arquetipo del escritor liberal que se santifica con su traslado y residencia permanente en París» y dicen que tu «ingreso al territorio de una nación imperial ha sido discutido como si equivaliera a la entrada a una zona religiosa habitada por el mal metafísico, en que los hombres quedan atrapados en un pecado irredimible» pienso en esa doble lealtad de la que te digo. Cuando leo «esta caída cuasi bíblica marcaría a Cortázar de tal forma que cualquier afirmación, acción o declaración progresista de su parte con respecto a nuestros países no sería más que una sospechosa duplicidad, una traición inconsciente e irremediable que se disfraza de un marxismo de festival», siento que vos, muchos de nosotros, estamos acusados de querer jugar a dos paños al mismo tiempo y me río de tanta solemnidad condenatoria y pueril. Claro que hay muchas duplicidades —ambivalencias, que le llaman los psicoanalistas— en nuestras propias vidas. ¿Acaso no decías alguna vez en *Primera Plana*, allá por el 64: «En Buenos Aires me he sentido como un fantasma entre los vivos, lo que es horrible, o como un vivo entre los fantasmas, lo que es todavía peor.»? ¿Acaso tus compañeros de colegio allá en Buenos Aires mismo no te llamaban «el muchacho belga» o *El Belgicano*, como podían llamar, afectuosamente, claro, a Kaplan el judío o a Siffredi el tano? «Todos mis dobles están en mí al mismo tiempo.

Hay un Cortázar muy francés y hay otro que es profundamente argentino», le decías a Evelyn Picón allá por 1973. O le decías: «Yo soy profundamente internacional, como ya te has dado cuenta..., y yo creo que la culpa la tuvo Julio Verne.» Esa esquizofrenia, esa escisión «psicótica» de la que hablé hace poco a raíz de Franz Kafka tiene hoy nueva oportunidad de comentarse. Porque pareciera que, por alguna oscura razón del linajismo químicamente puro, la identidad es a la uniformidad como la sombra al cuerpo. La uniformidad —que es la supresión de las diversidades y que se emparenta con el totalitarismo más desenfadado— reemplaza a la unidad, que es el equilibrio entre dichas diversidades. Porque no puedo olvidar, Julio, en esto de la identidad, esa especie de cárcel del pensamiento que es la pasión dogmática. Aquella que violando el principio de contradicción, fundamento de la lógica aristotélica, el portador de una ideología totalitaria dirá, por ejemplo, el judío es banquero y comunista, avaro y dispendioso, generoso y mezquino, religioso y ateo, y así sucesivamente. Lo mismo respecto de Cortázar: sos el exilado avant la lettre y el argentino que nunca ha dejado de serlo, el que tiene una visión mucho más clara y objetiva y sana por estar lejos del país y el que no tiene derecho a opinar si «es un payaso que no corre ningún peligro», sos el que está desprendido de pequeñas miserias cotidianas y el "afrancesado best-seller", el pequeño burgués bienpensante y el intelectual revolucionario, el enfermo de militan-tismo agudo y el amante de los cuartetos de Bartok, el transgresor por haber emigrado y el lúcido por haber elegido la libertad, el presunto altanero intelectual que habita el Barrio Latino y el hermano de sangre de Thomas Mann o León Felipe, el disonante de una historia y la historia de una disonancia, en fin, el argentino judío rebelde y el palestino judío humillado. Los dos paños, Julio. Porque pareciera que la única posibilidad de ser aceptados es la renuncia a una de las vertientes, aunque vivamos así de mala conciencia. Esto de las almas en litigio, Julio, parece que hace mal. Están los que se quedan o los que se van. Los que se quedan lo reivindican como la única actitud posible y válida. Los que se van creen, a veces, que son los únicos que sufren. Y se entrampan en la auto-justificación que, también a veces, es un producto del sufrimiento. ¿No podríamos sumar algunas posibilidades distintas a tanta trope-lía simplista? Por ejemplo, los que se van pero se quedan, o los que se quedan pero se van, o los que se van y se quedan, y así sucesivamente. Y a esto aún podemos sumar las carátulas irónicas a la manera de Liliana Heker: los del exilio poético o los de las opciones afectivas (ironía que Cortázar no se merecía, Liliana, por

ser un amigo «importante» de tus comienzos literarios e ideológicos), o las rotulaciones acomodaticias de Rodolfo Terragno: «¿Quiénes son los héroes? ¿Nosotros, que cambiamos nuestras verdades por dólares? ¿O los condenados a pensar en secreto?» (desmesura que no se merecen muchos de los que se fueron, ni se merecen —en otro sentido— muchos de los que usufructúan un sistema que ve con buenos ojos la existencia de una «crítica» razonable). Pero así son las cosas, Julio. Por eso las ambivalencias, por eso las disociaciones, por eso los conflictos. Conflictos que tienen más que ver, muchos de ellos, con la desobediencia a un modelo constituido y rígido que con la indignación virtuosa o el reiterado dedo en la llaga.

«La cultura humana se origina en la sublimación de los instintos animales en espirituales, a través del pudor, a través de la fantasía, a través del conocimiento. El último contenido y consuelo de todo arte es que la vida es digna de ser vivida, aun cuando todos los que alabaron la vida hayan tenido que morir. Esta desdichada guerra debe grabar mucho más profundo en nosotros que el amor es superior al odio, la comprensión es superior a la ira, la paz más noble que la guerra» (Hermann Hesse, *Pequeñas alegrías*, 1955).

«Sobre todo, quiero dejar bien claro que hace catorce días que soy ciudadano checoslovaco y así estoy excluido automáticamente de la ciudadanía alemana. No necesito referirme aquí a su total falta de trascendencia espiritual, pues ya he tenido ocasión de declarar que estoy mucho más profundamente arraigado en la vida y la tradición alemanas que esos fantoches efímeros, aunque penetrantes, que actualmente gobiernan la cultura en Alemania» (Thomas Mann, *diciembre de 1936*).

*Así uno va fundando las patrias interinas
segundas patrias siempre fueron buenas
cuando no nos padecen y no nos compadecen
simplemente nos hacen un lugar junto al fuego
y nos ayudan a mirar las llamas
porque saben que en ellas vemos nombres y bocas.*

Mario Beneditti, *La casa y el ladrillo*.

Hoy, que leo en *El País* el atentado racista en París que costó la vida a cuatro personas y heridas a otras once —*nous somme tous juifs allemands*— tengo ganas de hablarte del kibutz, de tu idea del kibutz, de ese paraíso ansiado, de ese Cielo de la rayuela al que es muy difícil llegar con la piedrecita («casi siempre se calcula mal y la piedra sale del dibujo»). Kafka escribió respecto a Moisés: «Parece increíble que no consiguiera ver la tierra prometida más que la

víspera de su muerte. Esta suprema perspectiva no podría tener más sentido que el de representar hasta qué punto la vida humana no es más que un instante incompleto porque ese género de vida (la espera de la tierra prometida) podría durar indefinidamente sin tener jamás por resultado algo que no fuera un instante. Moisés no alcanzó Canaán no porque su vida fuese demasiado breve, sino porque era una vida humana.» Este sentido siempre postergado del paraíso terrestre—incluso siempre más accesible que aquella entelequia borgiana: un paraíso es un lugar donde las cosas se frustran levemente—es también, Julio, algo que me toca de cerca. Yo he sido repetidamente de los que calculan mal y la piedrecita se sale del dibujo. Y encontré en muchos de tus personajes maneras de mi sentir y de mis estremecimientos. Yo he sido tu lector tal como vos lo habías señalado: «Por lo que me toca, me pregunto si alguna vez conseguiré hacer sentir que el verdadero y único personaje que me interesa es el lector, en la medida en que algo de lo que escribo debería contribuir a mutarlo, a desplazarlo, a extrañarlo, a enajenarlo.» Y como lector—¿qué son nuestras vidas sino un intento siempre dolido de leer la realidad?—he oficiado de arúspice (ves, otra palabra que parece hecha con saliva), de sacerdote que examina las entrañas de las víctimas para hacer presagios, y he vivido junto a Maga, a Oliveira, a Traveler, a Talita, a Berthe Trépat y al mismo Morelli, las acechanzas de un mundo condenado y las ilusiones de un kibutz cotidianamente soñado. Te cuento una historia trivial—para mí entre graciosa e impaciente— que viví hace pocos días. El camarero del café donde usualmente comemos mi amigo Edgardo Gili y yo, es hincha del Atlético de Madrid (del *At-lectic*, como dice él). Este año parece que las cosas no se dan mal para su equipo, después de tantos años de frustración. Un parroquiano del bar entró los otros días y dirigiéndose a Alejandro, el camarero, le dijo: «A ti te han dicho que hay Dios y estás como loco.» Fíjate, Julio, leyéndote yo he aprendido a creer que hay Dios, cualesquiera sea el nombre que le demos los ateos o los creyentes, que yo soy ambas cosas, y que ese Dios vive, habita, el kibutz del deseo, el centro de aquella mandala de la que te hacía mención antes. El centro, Julio. Frente al esquematismo—hay esquematismos que no comparto, claro—de los totalitarismos de toda especie, de los que ponen bombas de distintos colores pero de igual resultado, de los que viven las ideologías a ultranza, de los que hacen de la historia un tablero de ajedrez, de los que exaltan la ley del todo o nada como únicas alternativas, de los que hacen de la fe una manera de la metralleta y hacen de la

metralleta una fe, de los que torturan en nombre de valores absolutos y del espantoso absoluto que hay en una tortura, de los que viven, como lo dijo Félix Grande, de chulerías gemelas, leyéndote, Julio, reivindicó otras dualidades y otras ambivalencias. Quizá porque de monárquico nomás —aquí en España lo somos, hoy, todos— pienso que el irracionalismo vitalista decimonónico y las coordinadas del racionalismo cartesiano, juntos, en esplendorosa cópula, alimentan nuestras fantasías —la loca fantasía— de un mundo mejor, sin chulerías gemelas. Y es en este aspecto, Julio, que tu vida y tu obra han sido un aporte sólidamente significativo, dialéctica y encuentro de contrarios: tu imaginación desmadrada cabalgando sobre un minucioso artesano del lenguaje y del estilo, tu inteligencia prójima habitando tus opciones ideológicas, tu elogio del *Adán Buenosayres* despreciando las cegueras del despotismo ilustrado, tu defensa emocional de los cambios y tus tormentas ante cualquier absolutismo de nuevo cuño, tus personajes enlazando París y Buenos Aires con las pulsaciones de una historia desgarrada y burlona, en fin, tu esperanza (¿hesperanza?, Julio) de ese *aleph* mágico y definitivo donde todos podamos no renunciar a nada, ni siquiera a una litografía abstracta. Dice Liliana en el intento de polemizar con vos que «si Gauguin hubiera sido un pintor mediocre, su famoso acto de libertad se hubiera transformado en una intrascendente canallada de entrecasa». Vos y yo sabemos, Julio —Liliana parece que aún no— que la libertad es un valor en sí mismo y que frente a ella no hay intrascendentes canalladas de entrecasa, aunque todos no puedan pintar como Gauguin. No todos pueden escribir como León Felipe, o Jerzy Kosinski, o García Márquez, o Bertold Brecht, o Thomas Mann, o Miguel Angel Asturias, o Pedro Salinas, o Hermann Hesse, o Cabrera Infante, o Rafael Alberti, o Franz Werfel, o Domingo Faustino Sarmiento, todos ellos inmersos en un acto de libertad. Comenzando por vos, Julio, que hace veinticinco años decidiste asumir esa libertad sin saber, claro, que hoy serías un «clásico» de la literatura argentina. (¿Viste cómo se puede intentar congelar un inquietante interrogante transformándolo en un clásico, algo así como exaltar las bondades de un caracol petrificado? En fin, Julio, si ladran es porque «clasicamos».) Por eso la búsqueda de tu kibutz, de ese deseo que se mira en el espejo de las ilusiones realizables, de ese múltiple sentido que tiene exactamente la libertad de soñar, de escribir y de hablar. Un querido novelista español («gallego», hubiéramos dicho en Baires), Luis Martín Santos, escribe en su *Tiempo de destrucción*: «¡Cómo si la realidad de las cosas agotara su sentido! Muy al con-

trario, a la realidad la caracteriza su insoportable exceso. Hay un exceso de detalles, un exceso de verdades comprobables, pero que transcurren inapreciables, un exceso de equipaje para el pequeño hecho histórico, que es el único que somos capaces de retener, de recordar y de modificar.» Por eso, Julio, tendrás que perdonar esta larga y poco coherente epístola (otra vez la saliva). He asociado casi libremente muchas de las cosas que tu nombre me despierta y muchas aún, muchas, quedan en el tintero. Este «pequeño hecho histórico» que es un número de *Cuadernos* dedicado a tu persona seguramente sumará aproximaciones múltiples que darán de vos un retrato—deformado en parte, como todos los espejos humanos—; pero hondo, denso, rico, prójimo. Me gusta la idea de estar en él con una aproximación más, mucho más intuitiva y mágica, mucho más visceral y fraterna, que otras seguramente más intelectuales y sesudas. Y perdoná nuevamente que en muchos momentos me haya olvidado levemente que eras vos el protagonista de estas líneas y me haya egoístamente enquistado en mis propios sentimientos y mis propias vicisitudes. Como hubiera dicho Mario, escribo con y sin nostalgia. Girar el picaporte de este intento de charlar contigo es mucho más que la fría eficacia de un reflejo cotidiano: es la llamada singular de un cronopio indolente. Por eso podrá estar vi-ciado de todo menos de inexpresividad. Ahora ponéte a tiro que ahí va un abrazo.

Arnoldo

Postdata.—Vos sabés, Julio, que los psicoanalistas padecemos de una especie de «deformación profesional» que nos impele—perdoná el verbo—a leer lo subyacente, estemos donde estemos. Casi siempre, claro, lo leemos equivocado, pero eso es sólo un detalle. Al leer en el final de mi carta el «ponéte a tiro»—pese a lo afectuoso de lo explícito—me llamó la atención. Había comenzado con movilizaciones, ejército de recuerdos y agolpamientos en la mente. Terminé con «ponéte a tiro». Vaya, que la cosa huele a violencia por todos lados, pese a que soy un declarado enemigo de ella, de *todas* las violencias. Para mí, que no acepto ni justifico de ninguna manera las violencias legítimas (hay algunos que se especializan en dichas legalizaciones), me sorprende, claro, la lectura subtextual de mi aerogramme. De cualquier forma, insisto: soy esencialmente un no-violento y podés, con toda tranquilidad ponerte a tiro, que sólo recibirás—nuevamente—el largo abrazo prometido. Vale.

ARNOLDO LIBERMAN

Avenida San Luis, 93, 7.º E
MADRID-33